

NOTA SOBRE LAS ORACIONES DE PRESENTACION DE LA OFRENDAS

P. FARNÉS

1. Antes de la reforma litúrgica las explicaciones populares de la Misa acostumbraban a distinguir en ella tres partes: Ofertorio, Consagración y Comunión. La parte, en cambio, que hoy llamamos "Liturgia de la Palabra" se calificaba como simple "Ante-Misa" o "Misa de los catecúmenos". Era con referencia a esta visión que se decía, por ejemplo, que para "cumplir" con el precepto dominical era preciso estar en la Misa "antes del ofertorio", es decir, antes de iniciarse la primera de aquellas tres partes que se consideraban fundamentales en la celebración.
2. El Vaticano II cambió esta perspectiva y distinguió en la Misa no tres sino únicamente dos partes: Liturgia de la Palabra y Liturgia de la Eucaristía (Sac. Conc. 56). Esta división es ciertamente mucho más fiel al sentido original de la Eucaristía y responde mejor a las dos acciones que realizó el Señor: Jesús, en efecto, centró su misión en dos polos: anunciar el Evangelio y pasar de este mundo al Padre a través de su muerte y resurrección. Las dos partes de la Misa responden y hacen precisamente presentes estas dos acciones del Señor (Cf. Sac. Conc. 5-6).
3. Todas las descripciones antiguas de la Misa hablan únicamente de estas dos partes: se proclama y se comenta la Palabra y, traídos el pan y el vino mezclado con agua, se da gracias a Dios recordando y haciendo presente, a través de los símbolos del pan y del vino, el tránsito pascual de la muerte y resurrección del Señor (Cf. v. gr. Apología de S. Justino [† 162], cap. 65).
4. Mucho más tarde (no antes del siglo V) y sólo en algunos lugares -no en toda la Iglesia- (v. gr. en las Misas papales) los fieles, después de la Liturgia de la Palabra y antes de la Liturgia eucarística, empiezan a llevar diversas ofrendas para el mantenimiento del clero y de los pobres. Así se origina un primer "ofertorio" desconocido primitivamente. Más adelante estas ofrendas se relacionan -más o menos equívocamente y sin acabar de clarificar que es lo que se ofrece en la misa- con el sacrificio de la Eucaristía en el que Jesús se ofrece a sí mismo e incorpora a los fieles a su propia oblación. Con esta procesión de ofrendas nace una "nueva parte" de la misa (un primer ofertorio) que ya no se deriva de ninguna de las acciones realizadas por el Señor (anuncio del Evangelio y tránsito pascual), sino que se funda en otras motivaciones.

5. En la Edad Media se introduce otra novedad: en las misas en las que no hay procesión de las ofrendas -que son la mayoría de celebraciones- algunos sacerdotes empiezan a ofrecer directamente a Dios el pan y el vino (en la procesión de ofrendas los fieles ofrecían sus dones al *sacerdote*; ahora el sacerdote ofrece el pan y el vino a Dios). Este segundo "ofertorio" resulta aún más equivoco ¿Tiene, en efecto, la misa otro ofrecimiento a Dios que no sea el del Cuerpo y Sangre de su Hijo, que se realiza después de la consagración, pues únicamente en este momento están presentes sobre el altar? El nuevo "ofertorio", con el correr del tiempo (y debido en gran parte a la ignorancia de lo que se ofrece en la misa) se hace cada vez más popular, hasta tal punto que muchos llegan incluso a decir que el ofrecimiento del pan y del vino es una de las tres partes fundamentales de la misa (*Ofertorio*, consagración y comunión).
6. La reforma del Vaticano II ha devuelto a la misa su verdadero esquema: "La misa consta de *dos partes*: Liturgia de la Palabra y Liturgia Eucarística" (IGMR 8). Pero muchos aún miran la celebración eucarística con moldes preconciarios y hablan todavía de un "ofertorio" de la Misa como si este rito fuera una de sus partes. En este punto es preciso reconocer que a veces no se acaba de captar la "novedad" o "renovación" conciliar y se vive de ideas preconciarias. De aquí que sean tantos los que recitan en voz alta las plegarias de la presentación del pan y vino.
7. Por su parte tanto el Ordinario de la Misa como la "Institutio" que encabeza el Misal, fieles a la doctrina conciliar, presentan el gesto de colocar el pan y el vino no como un ofrecimiento sino como una acción funcional en vistas a la consagración y al ofrecimiento del Cuerpo y Sangre de Cristo que se realiza después de la consagración. Pero la antigua costumbre de realizar un "ofertorio" en este momento perdura en la mente de muchos fieles. Para no pocos incluso pasa desapercibido el ofrecimiento del Cuerpo y Sangre del Señor en la Plegaria eucarística: "Te ofrecemos su Cuerpo y su Sangre, sacrificio agradable a ti y salvación para todo el mundo" (Plegaria IV). Al hablar del ofrecimiento demasiadas veces se piensa exclusivamente -o por lo menos principalmente- en las oraciones del equivocadamente llamado "ofertorio".
8. No pocos aún espiritualmente miran y viven -o añoran- el antiguo "ofertorio" como si éste fuera el momento de su propio ofrecimiento o el momento de ofrecer a Dios sus acciones, el momento de su "participación" activa en el sacrificio eucarístico (muchos cantos usados en este momento tienen aún esta perspectiva). Con ello se empobrece el verdadero sentido de la participación en la Misa. No recuerdan que el Vaticano II, al hablar de esta participación, se refirió a que los fieles deben "ofrecerse a sí mismos *al ofrecer la hostia inmaculada*" (Sac. Conc. 48), es decir, no cuando se preparan el pan y el vino, sino cuando se ofrece el Cuerpo y Sangre del Señor en el interior de la Plegaria eucarística, cuando decimos, por ejemplo: "Reconoce en ella (en la Víctima eucarística) la ofrenda de tu Iglesia... para que fortalecidos con el Cuerpo y Sangre de tu Hijo... él *nos transforme en ofrenda permanente*" (Plegaria III).
9. Es, pues, para subrayar con claridad las dos partes de la Misa que el Misal establece que los fieles, durante la preparación de los dones, permanezcan sentados, que la preparación se haga discretamente (en la concelebración, por ejemplo, sólo el

celebrante principal está en el altar...) y que habitualmente las oraciones de la preparación de las ofrendas se digan en voz secreta (Ordinario de la Misa, núms. 19 y 21). Sólo así se logra que la celebración resulte equilibrada y sus dos partes -Palabra y Plegaria eucarística- queden debidamente subrayadas. En efecto, después de la celebración "intensa" de la Palabra y antes de la acción "culminante" de la Plegaria eucarística un espacio de silencio, de reposo y de interiorización es sin duda más oportuno que una nueva acción comunitaria -que por otra parte puede resultar equívoca para el pueblo sencillo que podría creer que en la misa se ofrece pan y vino- en la que los fieles se ven obligados a pronunciar nuevas fórmulas litúrgicas ("Bendito seas por siempre, Señor") con la anomalía además de una aclamación que se recita estando sentados.

10. Es verdad que el Misal, si en este momento no se canta, "permite" (la rúbrica latina dice literalmente que "es lícito") recitar las fórmulas de presentación del pan y del vino en voz alta. Pero esta *posibilidad* fue consecuencia de que en el momento de la reforma algunos (pocos) de los que habían sido formados y "marcados" por la espiritualidad de una misa con el esquema "ofertorio-consagración-comunión" añoraban la antigua visión. Y no pareció conveniente desatender violentamente su sensibilidad... Piénsese en el fenómeno Léfèvre y en la comprensión que debe tenerse con los débiles (Cf. Juan Pablo II, *Vicesimus Quintus Annus*, núm. 11 y 1Co 8,13).
11. Hay que decir, pues, que si bien conviene mostrarse comprensivo con quienes, acostumbrados a antiguas explicaciones, casi sólo saben ver el ofrecimiento en una ceremonia sobreañadida tardíamente al esquema de la misa, también es preciso procurar que se vaya recuperando cada vez con mayor claridad la Misa como presencia de la doble acción del Señor. La misma normativa litúrgica, que en un primer momento "permitió" recitar en algunos casos las oraciones de la preparación de los dones en voz alta, ahora, en la más reciente descripción de la misa que figura en el Ceremonial de Obispos, establece como *norma obligatoria* para la Misa pública del Obispo -y se trata de la principal celebración eucarística (Cf. Sac. Conc., núm. 41)- que las oraciones de la presentación de las ofrendas se reciten siempre en voz secreta (núm. 146).